



La Santa Sede

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II PARA LA CUARESMA DE 1987

Amadísimos hermanos y hermanas en Cristo:

«A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada» (*Lc 1, 53*).

Estas palabras que la Virgen María pronunció en su Magnificat son a la vez una alabanza a Dios Padre y una llamada que cada uno de nosotros debe acoger en su corazón y meditar en este tiempo de Cuaresma.

Tiempo de la conversión, tiempo de la Verdad que nos «hará libres» (*Jn 8, 32*), porque no podemos engañar a aquél que escruta «corazones y entrañas» (*Sal 7, 10*). Ante Dios nuestro Creador, ante Cristo nuestro Redentor, ¿de qué podemos estar orgullosos? ¿Qué riquezas o qué talentos podrían darnos alguna superioridad?

María nos enseña las verdaderas riquezas, las que no pasan, las que vienen de Dios. Nosotros debemos desearlas, tener hambre de ellas, abandonar todo lo que es ficticio y pasajero, para recibir estos bienes y recibirlos en abundancia. Convirtámonos; abandonemos la vieja levadura (cf. *1 Cor 5, 6*) del orgullo y de todo lo que lleva a la injusticia, al menosprecio, al afán de poseer nosotros dinero y poder.

Si nos reconocemos pobres ante Dios –lo cual es verdad, y no falsa humildad– tendremos un corazón de pobre, ojos y manos de pobres para compartir estas riquezas de las que Dios nos colmará: nuestra Fe que no podemos mirar egoísticamente para nosotros solos; la Esperanza que necesitan los que están privados de todo; la Caridad que nos hace amar como Dios, a los pobres con un amor preferencial. El Espíritu de Amor nos colmará de muchísimos bienes para compartir; cuanto más los deseemos, más abundantemente los recibiremos.

Si nosotros somos verdaderamente estos «pobres de espíritu» a quienes se ha prometido el

Reino de los cielos (*Mt 5, 3*) nuestra ofrenda será agradable a Dios. También nuestra ofrenda material, que solemos dar durante la Cuaresma, si se hace con un corazón de pobre es una riqueza, porque damos lo que hemos recibido de Dios para ser distribuido: sólo recibimos para dar. Igual que los cinco panes y los dos peces del joven, que las manos de Cristo multiplicaron para alimentar a la muchedumbre, lo que nosotros ofrezcamos será multiplicado por Dios para los pobres.

¿Saldremos de esta Cuaresma con el corazón engreído, llenos de nosotros mismos, pero con las manos vacías para los demás? ¿O bien llegaremos a la Pascua, guiados por la Virgen del Magníficat, con un alma pobre, hambrienta de Dios, y con las manos llenas de todos los dones de Dios para distribuirlos al mundo que lo necesita tanto?

«¡Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterno su amor!» (*Sal 117, 1*).